



# EL GLADIADOR

AÑO II \* NÚM. 58

JUAN D. SHAW

Director

MARIO LIVINGSTON

Jefe de Redacción

CARLOS FRANQUELO

Secretario general

VIERNES 9 ENERO DE 1903

Aquella mujer me era profundamente antipática.

Tenía un modo de mirar tan extraño y en sus labios se dibujaba un gesto tan repulsivo que todo el que la contemplaba sentía al instante una violenta impresión de desagrado.

Vivíamos en el mismo hotel y todas las mañanas, al abrir la ventana de mi cuarto que daba al jardín, tenía la seguridad de verla absorta en la contemplación de las flores.

¿Quién era aquella mujer?

La curiosidad primero y un interés inexplicable después, me tentaron a inquirir algunos datos acerca de aquella desconocida.

No era lo que se llama un tipo verdadero de belleza; sin embargo, tenía facciones delicadas, grandes ojos negros de un brillo extraordinario y una palidez interesante. Con todo, su mirada y el gesto despectivo que permanentemente contraía sus labios, la hacían repulsiva a primera vista.

En el hotel no sabían nada acerca de ella: era una enferma que tomaba baños y nada más.

Y como no era yo el único que deseaba saber algo acerca de aquella misteriosa señorita, cierto día nos pusimos varios de acuerdo para entablar relaciones con ella y satisfacer nuestro deseo.

Yo fui el designado para romper el fuego, pues por el empleo que a la sazón desempeñaba en la legación de mi país, se me consideró el más apto, diplomáticamente hablando, para abrir el camino de nuestras investigaciones.

Al día siguiente del en que hicimos el acuerdo, bajé al jardín, precisamente a la hora en que ella acostumbraba bajar a contemplar las flores. Allí estaba de pie, frente a unas camelias rojas recién



abiertas. Le di los «buenos días» y sin más preámbulos le pregunté:

—Le gustan a usted las camelias?

Nada me respondió; pero fijó en mí una mirada tan extraña, que sentí un extremo incomprendible.

Para disimular mi turbación agregué, contemplándola fijamente:

—Las flores son muy bellas —yo es cierto? Tan bellas como usted...

Apenas acabé la frase, me tomó de un brazo violentamente y llevándome a un rincón del jardín me preguntó:

—No sabe usted por qué están rojas todas esas flores?

—Sí, lo sé, porque así deben ser...

—No, se engaña usted. Esas flores están rojas porque sobre ellas he vertido las lágrimas de mi corazón —sabe usted?

—Pero...

—Ahora va usted a oírme. Yo estoy loca —sabe usted? Es decir, dicen que estoy loca, pero en realidad no lo estoy. Lo que sucede es que las flores me quieren mucho y como yo les comprendo todo lo que piensan, suponen las gentes que desvarío, cuando en realidad estoy muy cuerda. Vea usted: esa rosa roja, es huérfanita; si, es la huérfanita del sol, y esa rosa blanca es la hermana de la nieve —sabe usted?

Está loca, pensé al oír aquellas palabras que brotaban de sus labios febrilmente; y como comprendí que me había colocado en un terreno poco a propósito para satisfacer mi deseo, le pregunté violentamente:

—Y usted ¿quién es, señorita?

—Yo soy la primera —me respondió— la primera de las flores...

Mi afición por ellas se convirtió en amor, y